



**Humberto Chaves Cuervo**  
**Cuentos ilustrados**  
**para Sábado**

Flor de idilio

Bernardo Vélez

En 1921 surgió la revista Sábado.

Su primera etapa se inició el 1 de mayo de 1921 y terminó con número 100 del 7 de julio de 1923.

Durante este período se inició la publicación de cuento inéditos ilustrados por destacados artistas como Humberto Chaves.

Portada de la revista Sábado  
No. 117 - 14 de Marzo de 1929



# ABADO



AUTORES ANTIOQUEÑOS

AUTORES Sala de Lectura  
Biblioteca General  
de A.



No. 117 Marzo de 1929

Oleo de Don Humberto Chaves,  
profesor de pintura en la Escuela  
de Bellas Artes



10c

Investigación y edición: María Teresa Lopera Chaves

Transcripción: Beatriz Elena Lopera Chaves

Realización:  
Proyecto Humberto Chaves Cuervo - Pintor



[www.chaves-pintor.com](http://www.chaves-pintor.com)



# DE IDILIO

ndia la cabalgata  
edero, serpentean-  
vitar la empinada  
empezar los re-  
s bestias se dete-  
cobrar alientos.  
seis los jinetes,  
y cuatro hom-  
jóvenes, casi im-  
s damas apenas  
an a los veinte

charon una me-  
descansar. Divi-  
la lejanía el va-  
engalanado por  
mañana.  
n río, de  
agrisa-  
a de Sur  
sta per-  
estrechu-  
s cordi-  
dad se  
el cen-  
e, ya tal  
arecía  
nietud,  
orama  
campo



Ilustración H. Chaves

Ilustración: Humberto Chaves Cuervo  
Autor: Bernardo Vélez

Revista Sábado. Medellín. No.91.  
Abril de 1923. Pp.1101-1102

# A

Ascendía la cabalgata por el sendero, serpenteando para evitar la empinada cuesta. Al empezar los repechos, las bestias se detenían para cobrar aliento. Eran seis los jinetes, dos damas y cuatro hombres, muy jóvenes casi imberbes. Las damas apenas se acercaban a los veinte años.

Aprovecharon una meseta para descansar. Divisábase en la lejanía el valle verdoso, engalanado por el sol de la mañana. El hilo de un río, de color blanco agrisado, lo hendía de Sur a Norte, hasta perderse en la estrechura de las dos cordilleras. La ciudad se extendía en el centro del paisaje, y a tal distancia, parecía dormir en su quietud, como un panorama artificial. El campo magnífico y encendido de luces de sol, la abrumaba, relegándola a un término humilde.

-¡Que hermosa vista! exclamo Elena, ensanchando el pecho, para aspirar con fuerza el aire puro de la montaña impregnado de nieblas, que era todo salud y alegría.

Pedro, su novio, se le acercó, para juntar su admiración.

-¡Es una maravilla!  
¿No es cierto? ¡Y qué distinta se me hace la ciudad!

La ciudad, así, de lejos, en su conjunto, resultaba bizarra, con sus toques pintorescos, a trechos grises y anaranjados, y verde en las arboledas, de un verde casi negro.

- ¿Seguimos? propuso uno de los jinetes.





# S

Siguieron. Los caballos vaheaban un vapor blanquecino, que se disolvía en la niebla que cegaba el sendero, volviendo los objetos un velo sutil y movable.

Empezaron el descenso, hacia el Occidente, iban de paseo, a la aventura, con el único fin de cabalgar, y se entretenía en los menores detalles, gozando de la vida, en plena juventud, libres de testigos importunos.

Elena y Sofía eran hermanas. Dos de sus hermanos servíanles de escuderos, para honestar la presencia de Pedro y de Enrique, los pretendientes.

En un punto, el camino se bifurcaba bruscamente. Pedro sabía muy bien aquellos contornos. El sendero de la derecha llevaba a casa de don Andrés Heredia. Pedro le conocía a don Andrés mientras que sus compañeros apenas le habían oído nombrar. Dijoles entonces algunos datos de su vida.

-¿Es algún viejo?- preguntó Elena, al oírle llamar "don Andrés"...se lo figuraba de cayado y burjaca, y de luengas barbas blancas, como los peregrinos de las historias.

-No es viejo - respondió Pedro- sino de algo más de cuarenta años, y hace lo menos veinte que vive aislado en estos vericuetos, como un ermitaño, sin otro trato que de los campesinos y sirvientes de su casa.

-¡Qué capricho!- exclamo Sofía - ¿Es acaso loco?

-en vez de loco es inteligente, de buena educación, y tan rico, que hace mucho tiempo venimos pisando tierras tuyas... Por esplín o chifladura o misantropía se ha recluido en estos campos, lejos de los hombres...

- Y de las mujeres- añadió Elena.



# S

.Se llegaba a la casa de improviso, las dos hermanas ojearon por entre el bosque. Iban a volver las bridas cuando se les apareció el mismo don Andrés, precedido de dos perros, que gruñeron al ver a los intrusos. Vaciló don Andrés, un momento, porque no esperaba aquel encuentro, pero su cortesanía se impuso, y le hizo descubrirse y conservar en la mano el fieltro. Vestía de campo, con cierto descuido, que no carecía elegancia y que realizaba su belleza varonil. La fría temperie le había quemado el rostro. Las barbas eran castañas y espesas, los ojos dulces y el cabello ensortijado, despoblado encima de la amplia frente.

Turbáronse los paseantes, como acabasen de ser sorprendidos en falta y Pedro balbució algunas explicaciones; pero don Andrés le detuvo, con sonrisa de bondad hospitalaria diciéndole:

-¡Si tengo mucho gusto en verles!, espero que me harán el honor de llegar a mi casa...Queda muy cerca.

Y echó andar, para servirles de baquiano. Delante de la casa se extendía un jardín, protegido con albitanas y preñado de flores, refrescadas aun por el rocío y por la humedad del aire.

Hizoles apeaar don Andrés al borde de un corredor espacioso, y galantemente dio la mano a las damas para que saltasen del estribo.

Un criado distribuyó sillas, y luego llevó las cabalgaduras hasta un portal, en donde las fue atando a los cordeles que salían de los agujales de las tapias.

Don Andrés atendía a sus visitantes con desembarazo de persona del mundo. Los hombres encendieron cigarrillos. Las dos señoritas entumecidas por el largo viaje quisieron moverse y ver de cerca las flores del jardín. Don Andrés fueles enseñando sus plantas, satisfecho al oírlas admirarr sinceramente.



# S

Parecía muy contento con aquella visita, que le daba asidero de mostrar su gusto artístico. Elena le escuchaba de cerca le miraba dulcemente, hallándole muy buen mozo, a pesar de sus años, y muy superior a los señoritos alféñidos de la ciudad.

-Debe usted ser feliz en este retiro, entre sus flores y sus animales.

-Vivo resignado- respondió él.

-Y la soledad ¿no le cansa?A todo se habitúa uno...

-Es que... me parece, ha de tener algún motivo...

Don Andrés sonrió, sin negar, porque en su existencia había realmente un misterio, un dolor hondo, ya antiguo, que lo había desviado el curso común...

Elena sentía el ansia de las confidencias, el anhelo de consolarle y el deseo ver el alma por un resquicio, que le permitiese desentrañar la historia de amor, la reliquia del pasado.

-No me negará que se aburre usted a veces- le dijo.

Y sus ojos escrutaron en los ojos mansos de don Andrés con delicada curiosidad femenina.

-A todo se acostumbra uno- repitió don Andrés, con voz segura.



Estaban solos, delante de una era de hortensias, florecidas a manojos. Sofía se había detenido delante de una fontana, en cuyos bordes aleaban las palomas. Los jóvenes seguían fumando en el corredor. Don Andrés se deleitaba mirando a la joven. Su vida de solitario le ayudaba a apreciar la gracia magnífica de la juventud y de la belleza de la mujer. Un encanto discretamente femenino acompañaba la dama. La amazona de color verde aceituna moldeaba su cuerpo alto, y elegante, flexible, apretado en el busto como las frutas dentro de la corteza. La falda larga hacía resaltar la esbeltez y la altura. Con la diestra se recogía, por detrás, y con la mano libre manejaba el látigo, apartando con él las ramas y las malezas. Hacía tanto tiempo que el solitario no sentía tan cerca el flujo femenino.

Y recordó días lejanos, cuando, en su juventud, se enamoró de otra criatura, muy semejante a Elena. Y a pesar de los veinte años transcurridos se consideró joven y capaz de amar en el fuego de la juventud, unido a la sinceridad de la experiencia.

¿Por qué Elena le recordaba tan vivamente a la otra? Sin duda porque se le parecía notablemente, cosa que él atribuyó a sugestión, a engaño de los sentidos, a efectos de la pupila, que retenía la imagen amada a través del tiempo. Sentía una extraña sensación, como si de improviso el recuerdo le revelase en toda su desnudez el fracaso de su vida el vacío de su porvenir...

Elena atribuyó la tristeza que se reflejaba en los ojos de su acompañante a la renovación de la herida; y para remediar su incongruencia trató de distraer la atención de don Andrés admirando mucho sus claveles rojos. Don Andrés troncho uno, y se lo ofreció, para que se lo prendiese en el pecho. Al dárselo, sus manos temblaban.

Piensa en ella- se dijo Elena -porque tal vez le gustaban los claveles...

Y don Andrés se dijo tristemente:

-Ha llegado demasiado tarde para mí...

-Allí cerca estaba su prometido, joven como ella, y juntos compartirían ilusiones.

¿Para qué soñar? Debía resignarse a vivir solo, en el nido vacío, a la altura de las águilas sin un cariño puro, hasta que su existencia se deshojase en vejez abandonada. De nuevo la felicidad ¿pero que acaso, es que acaso existe la felicidad? pasaba a su lado, como fugaz sombra que no puede detenerse ni asirse.

La otra vez, el miedo a lo indisoluble, irresolución de lo definitivo, el espejismo de eterna juventud, habíanle hecho vacilar... Ahora era demasiado tarde. Si Elena le miraba y le sonreía con dulzura, hacía lo por mera curiosidad y coquetería de mujer. Nunca se atrevería a decirle que la amaba, con amor hondo y repentino, condensado en un minuto, tras largos años de soledad meditativa, que había tornado más delicada su alma.

-Parece usted triste, don Andrés... ¿Tanto la quería?

Dijole ella, viéndole de nuevo mudo y pensativo. Él sonrió, para disimular su turbación, y para que creyese aquella historia romántica, porque revelar sus verdaderos sentimientos parecería ridículo e irrespetuoso.

Solo ha querido una vez en su vida, pensó Elena, sintiendo extraños celos de la otra. Don Andrés se le presentaba muy digno de ser amado, y se figuró que lo conocía desde tiempo atrás, y que supuesto estaba al lado de él, para consolarle, en la quietud mística de aquel campo, entre aves y reses. En esos momentos no existía para ella otro ser en el mundo fuera de don Andrés.

La voz de su hermano la traslado a la realidad.

Era preciso partir, dejando allí su felicidad... y la de él. Se alejaban sin comprenderse, precisamente cuando sus almas ansiaban confundirse. Y cada cual pensaba en el amor de uno hacia el otro...

Luego hay amores profundos y silenciosos como el agua de las cisternas, que nunca salen a la superficie, y conserva siempre su pureza y su frescor.

Acomodáronse los jinetes en sus cabalgaduras. Don Andrés quiso saber los nombres de sus visitantes. Vivía tan aislado, que ignoraba la nueva generación; disculpose con su existencia de recluso. Elena, ya sobre su caballo, le dio la mano le dijo su nombre y el de sus padres. Quería dejarle al menos este recuerdo. En los ojos del ermitaño vio humedad de dolor, todo el misterio angustioso de toda una vida asomado las pupilas. Y el nombre de la madre de Elena cayó en su alma como un nuevo dolor, más intenso, porque era ella la otra, su hechizo de los veinte años, encarnado ahora en la hija

Alma soñadora, siempre la misma, no había evolucionado con el cuerpo, fuerte y robusto, capaz de hallar la felicidad dos veces, con un interregno de cuatro lustros. El amor se escapaba de nuevo, esta vez definitivamente. La madre había llegado demasiado temprano, y la hija, que heredara en la extraña el anhelo de unírsele.... demasiado tarde.





## Bernardo Vélez Isaza

(Medellín, 1885 - Medellín, 1968)

"Miembro de las juntas directivas de Fabricato, Tejidos Leticia, Cementos Nare, Empresa Siderúrgica y el Banco Comercial Antioqueño.

Dirigió la revista Sábado, fundada en Medellín, en 1921. Ganó en 1912 un concurso organizado en Bogotá, por la Sociedad de Autores Colombianos, con su obra La ley del embudo, que fue publicada en España. Sus cuentos y novelas cortas fueron publicados por los periódicos: El Espectador, El Correo Liberal, Lecturas Dominicales, La Novela Semanal y Lecturas Breves. Fue cuentista, novelista.

Entre sus obras más celebres están: Rosa mística, La recaída, La ley del embudo, Senda roja, Una campaña económica, Los falsos apóstoles, El diario de Frank, La muerte en los labios, El caso de Susanita, Alonso en casa de Sancho."

Mejía Cubillos, Manuel (2012) Diccionario biográfico y genealógico d la élite antioqueña y viejocaldense. Segunda mitad del siglo XIX y primera del siglo XX. . Pereira. Sello editorial Alma Mater.

Contrasta esta biografía de un literato y empresario activo con el siguiente comentario de Gabriel Cano, al punto que dudamos estar hablando del mismo autor, hecho que de ser cierto deben excusarnos del error por las escasas referencias encontradas para este nombre:

"Como cuentista Bernardo Vélez es quizá el mejor caracterizado entre quienes cultivan tan bello cuanto difícil género literario en Colombia. La sencillez diáfana de su estilo, su observación profunda y certera, su fiel copia escrita del lenguaje hablando, todo eso les da a sus cuentos sabor propio y les pone con su firma el sello infalsificable de lo bueno.

Un detalle interesante hay en la personalidad de Bernardo Vélez: es un retraído, a quien no se ve nunca afuera, en las agitaciones populares, ni en las reuniones de lla sociedad, ni en círculos de ninguna especie.

Y sin embargo, hay en sus cuentos pinturas de la vida real tan vivas y exactas, que uno al leerlos imagina que su autor es un asiduo de los sitios que describe y un devoto de las costumbres que apunta. ¡Cómo puede realizarse este fenómeno de observación a leguas? Si él lo dijera satisfaría una justa curiosidad nuestra, y del público que le lee y le admira como nosotros".

**Comentario de Gabriel Cano sobre Bernardo Vélez**

# *Chaves Vive!*

(1891 - 1971)

MAESTRO - PINTOR - PUBLICISTA



[www.chaves-pintor.com](http://www.chaves-pintor.com)

Contenidos sujetos a  
Licencia Creative Common CC BY-NC-ND 4.0